

sea que no hubiese querido mas que atemorizar á cuantos Alemanos tuviesen tentaciones de abandonarle. Así fué interpretada á lo menos su violencia por los que le circundaban; la cual desagradó; no hicieron caso de ella, y todos se aceleraron al lado del general prisionero para tranquilizarle y consolarle. Continuaron estas atenciones hasta la Lithuania, en que los Cosacos recuperaron á Wintzingerode y su edecan. El emperador habia afectado bondadosos tratamientos con este joven señor ruso, lo cual prueba que hasta en su iracundia habia entrado cálculo.

---

CAPITULO VII.

---

Volvimos á ver Mojaisk el 28 de octubre. Aquella ciudad estaba todavía llena de heridos; se cargó con los unos, y se reunieron los otros abandonándolos como en Moscou, á la generosidad de los Rusos. Pasó Napoleon algunas werstas mas allá de aquella ciudad, y comenzó el invierno. Así, despues de una tremenda batalla y diez dias de marchas y contramarchas, el egército, que solo habia sacado de Moscou quince raciones de harina por hombre, no habia avanzado mas que el espacio de tres jornadas en su retirada, se hallaba escaso de víveres, y le habia cogido el invierno.

Se rendian ya varios hombres. Desde los primeros dias de la retirada, el 26 de octubre, se habian quemado algunos car

ruages de víveres que los caballos no podían tirar. Llegó entonces la orden de incendiar cuanto se dejaba á las espaldas, que fué obedecida haciendo volar en las casas diversos arcones de pólvora cuyos tiros estaban extenuados ya. Pero últimamente, no presentándose de nuevo todavía el enemigo, parecia que unicamente renovábamos un viage penoso, y se tranquilizaba Napoleon al ver otra vez aquel conocido camino, cuando hácia la noche le envió Davoust un cazador ruso.

Hízole al principio algunas preguntas negligentemente, pero la casualidad quiso que aquel Moscovita tuviese alguna idea de los caminos, nombres y distancias, y respondió, « que todo el egército ruso marchaba por Medyn hácia Viazma. » Púsose atento con esto el emperador. ¿ Quería adelantársele Kutusof allí, como en Malo-laroslávetz, cortarle la retirada hácia Smolensko como la de Kalougha, y cercarle en aquel desierto, sin víveres ni albergue, y en medio de una sublevacion

general? Sin embargo, su primer impulso le inclinó á despreciar este parecer, porque ya fuese arrogancia, ya experiencia, se habia acostumbrado á no suponer en sus enemigos la habilidad que él hubiera tenido en lugar de ellos.

Tuvo aquí sin embargo otro motivo. Su confianza era afectada unicamente, porque era evidente que el egército ruso tomaba el camino de Medyn, aquel mismo que Davoust habia aconsejado para las tropas francesas, y este mariscal, por amor propio ó por inadvertencia, no habia comunicado unicamente á su despacho aquella triste nueva: Napoleon temió el efecto de ella sobre sus tropas, por lo cual aparentó desecharla con menosprecio, pero mandó al mismo tiempo que su guardia marchase en el siguiente dia á toda priesa, y mientras fuese de dia hasta Gjatz. Quería dar allí una parada y víveres á aquella selecta tropa, asegurarse desde mas cerca de la marcha de Kutusof, y tomarle la delantera en aquel punto.

Pero el tiempo no habia sido llamado á su consejo, y pareció que tomaba venganza de ello. Se nos aproximaba tanto el invierno, que habia sido suficiente un ventarron para traerle áspero, mordaz y dominante. Conocióse bien presto que era natural de aquel pais y nosotros extranjeros. Mudóse todo, los caminos, los semblantes, el valor, y el egército se volvió triste, la marcha penosa, y la consternacion comenzó.

Hubo necesidad de atravesar el Kologha á unas leguas de Mojaisk. No era mas que un arroyon; dos árboles otros tantos puntales y algunas tablas bastaban para asegurar el paso, pero era tanto el desorden y tan excesiva la incuria, que el emperador se vió detenido allí. Se anegaron muchos cañones que se intentaba pasar á vado; parecia que cada cuerpo de egército marchaba por su cuenta, y que no habia estado mayor, orden general, ningun vínculo comun, ni nada que ligase todos aquellos cuerpos juntos. Y efecti-

vamente, la elevacion de cada uno de los gefes los hacia muy independientes á los unos de los otros. El emperador mismo se habia engrandecido tanto, que se hallaba á una inmensa distancia de las menudencias de su egército, y colocado Berthier como intermedio entre él y unos gefes todos reyes, príncipes ó mariscales, estaba obligado á muchos miramientos. Era insuficiente por otra parte para aquella posicion.

Detenido el emperador con este leve obstáculo de un puente roto, se ciñó á hacer un gesto de descontento y menosprecio, á que solo correspondió Berthier con un aspecto de resignacion. No le habia dictado el emperador aquella orden menuda, con lo cual Berthier se creia pues irreprochable, porque él no era mas que un eco fiel, un espejo y nada mas; pronto siempre, claro y limpio, tanto de noche como de dia, reflejaba y repetia al emperador, pero no añadia jamas nada,

y lo que Napoleon olvidaba, estaba olvidado irremediadamente.

Iba marchando embebido el ejército despues del Kologha, cuando alzando muchos la vista, dieron pasmados un grito. Todos miraron repentinamente alrededor suyo, y vieron una tierra enteramente hollada, desnuda, devastada, cortados todos los árboles á algunos pies del suelo, y mas adelante algunas proeminencias batidas en lo alto, la mas elevada parecia la mas disforme; se asemejaba aun volcan extinguido y destruido; la tierra de todo el circuito, estaba cubierta de destrozos de cascos y corazas, de tambores rotos, trozos de armas, girones de uniformes y estandartes salpicados de sangre.

Yacian sobre aquel desolado terreno treinta millares de cadáveres medio devorados; algunos esqueletos, que se habian quedado sobre el hundimiento de una colina lo dominaban todo; parecia que la muerte habia sentado allí su imperio:

era aquel formidable reducto, conquista y sepulcro de Caulincourt. El grito de « es el campo de la batalla grande! » formó entonces un largo y triste murmullo. El emperador pasó con prontitud. Nadie se detuvo. El frio, el hambre y los enemigos, venian apresurando, unicamente volviámos la cabeza caminando, para echar por la postrera vez una triste mirada sobre aquel vasto sepulcro de tantos camaradas sacrificados en balde, y á los cuales era preciso abandonar.

Allí habiamós trazado con el acero y la sangre una de las mas admirables páginas de nuestra historia. Algunas reliquias lo estaban diciendo todavía, é iban á borrarse bien pronto. El caminante pasará algun dia con indiferencia por aquel campo parecido á todos los demás; sin embargo cuando sepa que fue el de la famosa batalla, volverá atrás, clavará en él por mucho tiempo sus miradas curiosas, grabará sus menores particularidades en su ansiosa memoria, exclamando sin duda entonces:

« Qué hombres ! qué gefe ! qué suerte ! son los mismos que trece años antes llegaron á tentar el oriente por el Egipto , y arruinarse en sus puertas. Conquistáron despues la Europa , y ételos aquí que vuelven , por el norte , á presentarse de nuevo delante de aquella Asia y arruinarse otra vez ! ¿ Quién los indujo pues á esta errante y venturera vida ? No eran unos bárbaros que buscaran mejores climas , mas cómodas moradas , mas embelesados espectáculos , y tesoros mas copiosos ; por el contrario poseian todos los bienes , gozaban de tantas delicias y lo abandonaron todo para vivir sin albergue ni pan , y caer todos los dias alternativamente muertos ó mutilados . ¿ Qué necesidad los impelió ? ¿ Qué pues ? si no es la confianza en un caudillo infalible hasta entonces ! la ambicion de acabar una grande obra gloriosamente comenzada ! el desvanecimiento de la victoria , aquel poderoso instinto que mueve al hombre á morir en busca de la inmortalidad . »

## CAPITULO VIII.

El egército sin embargo iba pasando , con un grave y silencioso recogimiento , por delante , de aquel infausto campo , cuando se descubrió , dicen , viva todavía y penetrando con sus ayes el viento , una de las víctimas de aquella sangrienta batalla. Acudieron hácia ella ; era un soldado frances. Se le habian roto ámbas piernas en la refriega , y habiendo caido entre los muertos , quedó olvidado entre ellos. Le habia al principio presentado un abrigo el cuerpo de un caballo despanzurrado por una bomba ; despues , por espacio de veinte dias , el agua cenagosa de una quebrada por la que se habia despeñado , y la corrompida carne de los muertos , sirviéron para la curacion de sus heridas y para el sustento de su moribunda existencia.

Los que dicen haberle descubierto, afirman que le salvaron.

Mas adelante se volvió á ver la grande abadía ú hospital de Kolotskoi, espectáculo mas horrendo todavía que el campo de batalla. En Borodino era la muerte, pero tambien el reposo, allí á lo menos estaba finalizado el combate, en Kolotskoi duraba todavía. Parece que la muerte perseguia allí á sus víctimas escapadas de la batalla, se encarnizaba en ellas, introduciéndose por todos sus sentidos á un mismo tiempo. De todo se carecia para resistirle, excepto de algunas órdenes inejecutables en aquellas soledades, y que por otra parte dadas desde muy alto y muy lejos, pasaban por muchas manos para egecutarse.

No obstante esto, á pesar del hambre, el frio y la mas completa desnudez, los sacrificios de algunos cirujanos y una reliquia de esperanza sostenian todavía á innumerables heridos en aquella hedionda mansion. Pero luego que hubieron visto que el

egército volvia á pasar, que ellos iban á verse abandonados, y que ya no les quedaba esperanza ninguna, fueron arrastrándose los mas débiles hasta el umbral de la puerta, se colocaron en ámbos lados de la calzada y nos alargaron con rendimiento sus manos.

A cababa de mandar el emperador que cada carruage, fuese el que se quisiese, recibiese á uno de aquellos desdichados, y que los mas débiles se dejasen como en Moscou, bajo la proteccion de los oficiales rusos prisioneros ó heridos á quienes nuestra asistencia habia restablecido. Se detuvo para mandar egecutar esta orden, y tanto él como los mas de sus generales se confortaron con el fuego de sus arcones abandonados. Una infinidad de explosiones advertia, desde por la mañana, de los numerosos sacrificios de esta especie que habia ya habido precision de hacer.

Vióse durante aquel alto una accion atroz. Acababan de colocar á muchos heridos en las carretas de los vivanderos. Estos desastrados cuyos carruages iban

sobrecargados con el botin de Moscou, solo recibieron murmurando aquel nuevo peso; los obligaron á ello, y callaron. Pero apenas volvieron á andar cuando aflojaron el paso, dejaron que se les adelantase la columna, y aprovechándose entonces de una instantánea soledad arrojaron en las zanjas á aquellos infelices confiados á su cuidado. Solo uno sobrevivió lo suficiente para ser recogido por los primeros carruages que pasaron, era un general. Por él se tuvo noticia de esta maldad. Difundióse un estremecimiento de horror en toda la columna y llegó hasta el emperador, porque las penas no eran todavía bastante vivas ni universales para extinguir la compasion y reconcentrar interiormente todos los afectos.

En la tarde de aquel largo dia se acercó la columna imperial á Gjatz, sorprendida de encontrar en el tránsito á varios Rusos muertos muy recientemente. Se notaba que todos ellos tenian rota del mismo modo la cabeza, con sus ensan-

grentados sesos al lado. Se sabia que marchaban adelante dos mil prisioneros rusos, y que eran conducidos por Españoles, Portugueses y Polacos. Cada uno, segun su genio, se indignaba, aprobaba ó permanecia indiferente. Estas diferentes impresiones permanecian enmudecidas al lado del emperador, pero Caulincourt prorumpió exclamando, » que era una crueldad atroz. ¡Esta es pues la civilizacion que traíamos á Russia! ¡Que efecto haria esta barbaridad en el enemigo? ¡No dejabamos en poder suyo á nuestros heridos é infinitos prisioneros? ¡Le faltarian medios de egercer horribles represalias? »

Guardó Napoleon un profundo silencio; pero habian cesado estos asesinatos en el siguiente dia: se contentaron con dejar que aquellos infelices se muriesen de hambre en los recintos, en que durante la noche los encerraban como irracionales; era una barbaridad sin duda, ¿pero qué se habia de hacer? ¿cangearlos? el enemigo se negaba á ello; ¿sol-

¿ hubieran ido á publicar la privacion general, y reunidos bien presto con otros, hubieran vuelto á encarnizarse contra nosotros; el darles la vida en aquella guerra de muerte, hubiera sido sacrificarnos á nosotros mismos. Se hizo necesaria la crueldad, y el mal dimanaba de haberse metido en una tan terrible alternativa.

Por lo demas nuestros soldados prisioneros en su marcha hácia lo interior de la Rusia, no fueron tratados mas humanamente, y allí sin embargo no servia de disculpa la imperiosa necesidad.

Ultimamente se llegó de noche á Gjatx, pero se habia empleado bien cruelmente aquella primera jornada de invierno. El aspecto del campo de batalla, de los dos hospitales abandonados, aquella multitud de arcones entregados á las llamas, aquellos Rusos arcabuceados, la excesiva largura del camino, los primeros asaltos del invierno, todo, todo la hizo funesta:

la retirada se volvia huida, y Napoleon obligado á ceder y huir, era un espectáculo novísimo.

Muchos de nuestros aliados se alegraban de ello; con aquella oculta satisfaccion que los inferiores tienen de ver á sus superiores dominados ultimamente y obligados á ceder sucesivamente. Se dejaban llevar de aquella triste envidia que infunde una felicidad extraordinaria, de la que es raro que no se haya abusado, y que ofende aquella igualdad que es la primera necesidad de los hombres. Pero esta maligna alegría se amortiguó bien presto, y se desvaneció en un desastre universal.

La doliente arrogancia de Napoleon, supuso aquellos pensamientos. Lo echaron de ver en un alto de aquel dia, en el cual sobre los atiesados surcos de un campo helado y sembrado de despojos rusos y franceses, quiso descargarse por medio de la virtud de sus palabras del peso de la insoportable responsabilidad

de tantas calamidades. Condenó al horror del mundo entero, al autor de aquella guerra, que él habia temido efectivamente. Imputóla á \*\*\*\*\* « vendido aquel ministro ruso á los Ingleses, la habia fomentado.»

Proferidas estas palabras en presencia de dos generales suyos, se escuchaban con aquel silencio que un antiguo respeto prescribe, y al que se agregaba ya el debido á la desgracia. Pero muy impaciente quizás el duque de Vicenza se irritó; hizo un ademan de ira é incredulidad, y rompió marchándose de repente de aquella penosa conferencia.

---

 CAPITULO IX.
 

---

De Gjatz se restituyó el emperador á Viazma en dos jornadas. Detúvose allí esperando al príncipe Eugenio y Davoust, y tambien para observar el camino de Medyn y de Youknow, que sale en aquel parage á la calzada de Smolensko : era aquel atajo que desde Malo - Yaroslavetz debia conducir el egército ruso á su paso; pero en 1.º de noviembre, despues de treinta y seis horas de expectacion, no habia descubierto Napoleon anuncio ninguno de ello. Partió fluctuando entre la esperanza de haberse dormido Kutusof, y el temor de que el Ruso hubiese dejado Viazma á su derecha, y marchado á cortarle la retida dos jornadas mas adelante, hácia Dorogobouge. Dejó sin embargo á Ney en Viazma, para recoger

los cuerpos primero y cuarto, y relevar en la retaguardia á Davoust, al cual juzgaba fatigado.

Se quejaba de la lentitud de este; le reconvenia de estar todavía á cinco jornadas detras de sí, cuando no hubiera debido retardarse mas que tres, y tenia por muy metódico el genio de este mariscal para dirigir competentemente una marcha tan irregular.

El ejército entero, y especialmente el cuerpo del príncipe Eugenio, repetian las mismas quejas, decian, « que Davoust, por una consecuencia de su espíritu de orden y tenacidad, se habia dejado alcanzar desde la abadía de Kolotskoi, en donde á la vista de los Franceses habia dejado á unos desastrados Cosacos la gloria de retirarse paso á paso y en batallones cuadrados, como si ellos hubieran sido Mamelucos; que Platof con sus cañones habia dañado desde lejos en las profundas masas que él le habia presentado; que entonces unicamente el ma-

riscal no les habia opuesto ya mas que algunas líneas débiles, que se habian replegado prontamente, y alguna artillería ligera, cuyos primeros tiros habian bastado, pero que estas maniobras y algunos forrages emprendidos regularmente, habian hecho malograr un tiempo, precioso siempre en las retiradas, y especialmente en medio del hambre, en contra de la cual la mas hábil maniobra era la de pasar pronto.»

A esto replicaba Davoust, con su horror natural á toda especie de desorden, el cual le habia movido desde luego á querer regularizar aquella huida, y se habia esforzado á cubrir sus reliquias temiendo el oprobio y el peligro de dejar al enemigo aquellos testigos de nuestros desastres.

Añadia, «que no se pensaba bastante en cuanto él tenia que superar; que era un pais totalmente asolado, las casas y los árboles quemados hasta las raices, porque no se habia comunicado á él que venia el último, la orden de quemarlo todo, si

no que le precedía el incendio. ¡ Parecía que se habían olvidado de la retaguardia! y sin duda que se olvidaban igualmente de aquel camino cubierto de una escarcha batida y vidriosa con las pisadas de los que le llevaban la delantera; de aquellos vados desfondados, de aquellos puentes rotos que no se había cuidado de reparar, por no ocuparse cada cuerpo mas que en sí mismo fuera de las batallas.

« ¡ Se ignoraba además que toda la desconsolada turba de los rezagados de los demás cuerpos, á caballo, á pie y en carruage, aumentaba aquellos embarazos como en un cuerpo mal sano que todas las dolencias se reúnen hácia la parte mas atacada? Marchaba diariamente entre aquellos infelices y los Cosacos, apresurando á los unos y apresurado por los otros.

» Así es como después de Gjatx, se había encontrado con el cenagal de Czarewo - Zaimicze sin puente y todo embarazado con equipages. Los había arran-

cado de aquellos pantanos á la vista de los enemigos y tan inmediato á ellos, que sus fuegos le alumbraban en sus obras, y el ruido de los tambores rusos se mezclaba con su voz; » porque aquel mariscal y sus generales no podían resolverse todavía á dejar al enemigo tantos trofeos, ni se resignaban á ello hasta después de haber visto inútiles sus esfuerzos y en el último apuro, lo cual acontecía muchas veces por día.

Efectivamente, diversos pantanos hondos atravesaban el camino á cada paso. Un declive vidrioso de agua-nieve, arrastraba hácia ellos los carruages que se atascaban allí; para sacarlos era preciso trepar por la opuesta bajada sobre un camino helado, en que cubiertos los pies de los caballos con las herraduras gastadas y alisadas, no podían morder, y tanto las caballerías como sus conductores, caían extenuados unos sobre otros. Al puente se echaban diversos soldados famélicos sobre los caballos caídos, los

despedazaban; y despues en fuegos hechos con los destrozos de sus carruages, medio asaban aquellas carnes y las devoraban.

Sin embargo, los artilleros, la tropa selecta y sus oficiales, todos salidos de la primera escuela del mundo, apartaban á aquellos infelices, y volaban á desenganchar sus propios birlochos y arcones que abandonaban para salvar los cañones: en estos enganchaban sus caballos, y se enganchaban á sí mismos. Los Cosacos que veian de lejos este desastre, no se atrevian á animarse, pero con sus piezas ligeras llevadas en trineos, echaban algunas balas sobre aquel desorden y le aumentaban.

El primer cuerpo habia perdido ya diez mil hombres. Sin embargo, el virey y el príncipe de Eckmuhl, á puro esfuerzo y sacrificios, habian llegado el 2 de noviembre á dos leguas de Viazma. Es cierto que en aquel dia mismo hubieran podido dejar atrás aquella ciudad,

reunirse con Ney, y evitar una desastrosa batalla. Aseguran que este fue el parecer del príncipe Eugenio, pero que Davoust creyó muy fatigadas sus tropas, y que sacrificándose el virey á su obligacion, se detuvo para tomar parte en un peligro que preveia. Los generales de Davoust dicen por el contrario, que acampado ya el príncipe Eugenio, no pudo resolverse á mandar que sus soldados abandonasen las lumbres y comidas empezadas ya, y cuyos aprestos eran siempre tan penosos.

Sea lo que se quiera de ello, durante la engañosa calma de aquella noche, la vanguardia rusa llegaba de Malo-Yaroslavetz, en donde nuestra retirada habia hecho cesar la suya: ella flanqueaba ambos cuerpos franceses, y el de Poniatowsky pasaba mas allá de sus bivaques y disponia sus columnas de ataque contra el flanco izquierdo del camino, en el intermedio de dos leguas que Davoust

y Eugenio habian dejado entre ellos y Viazma.

Miloradowitch , á quien llamaban el Murat ruso , iba mandando aquella vanguardia. Era, en sentir de sus compatriotas , un guerrero infatigable , gallardo , impetuoso como aquel rey soldado , de estatura igualmente notable , y como él favorecido de la fortuna ; no le vieron herido jamas , aunque infinitos soldados y oficiales habian sido muertos á su lado , y que á él le habian matado muchos caballos. Despreciaba las máximas de la guerra , y aun usaba de arte para no seguir las reglas del militar , intentando sorprender al enemigo con inesperadas embestidas , porque era pronto en resolverse ; despreciaba toda especie de preparativos , contando con el consejo de los lugares y circunstancias , y no dirigiéndose mas que por repentinas inspiraciones : por lo demas , general en el campo de batalla solamente , sin prevision de

ninguna clase de administracion pública , ni privada , notorio disipador , y lo que es raro , honrado y pródigo.

Se iba á pelear con este general , con Platof y veinte mil hombres.